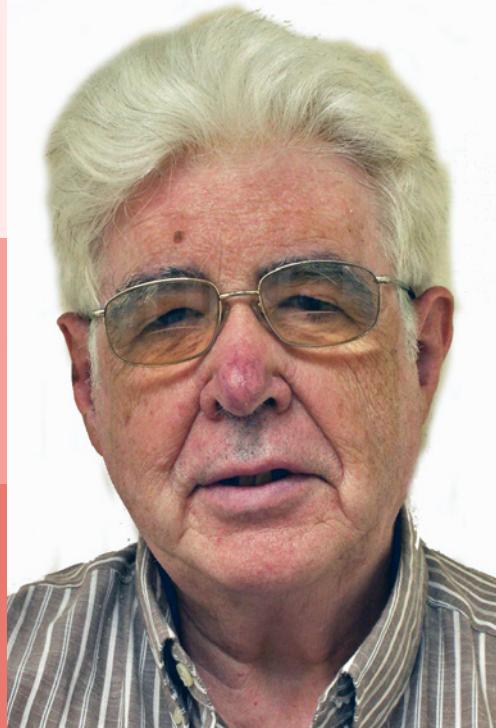


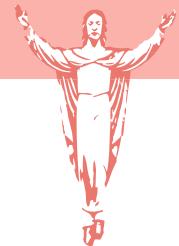
Inspectoría Salesiana María Auxiliadora
Comunidad salesiana de Alcalá de Guadaíra (Sevilla)



JOSÉ LUIS CARDENETE LÓPEZ
Salesiano presbítero

Granada, 9 de junio de 1940
Sevilla, 4 de agosto de 2020





JOSÉ LUIS CARDENETE LÓPEZ

Salesiano presbítero

Queridos hermanos salesianos:

En la madrugada del pasado 4 de agosto de 2020, tras dos meses de curaciones y operaciones de diversa índole, en el hospital Infanta Luisa de Sevilla, nos dejaba, víctima de un infarto fulminante nuestro hermano **José Luis Cardenete López**.

I. INFANCIA

José Luis nació en el popular barrio granadino del Picón el día 9 de junio de 1940 y fue bautizado el 29 del mismo mes en iglesia de los Santos Justo y Pastor del barrio del Realejo que era donde su familia tenía la casa solariega. Pasados los años quiso volver allí el mismo día, pero del año 1966, para ver la pila bautismal, cuando iba a la basílica de San Juan de Dios para cantar misa, y se sintió defraudado al ver que habían sustituido la hermosa piletas de mármol por una portátil de metal. Pensó que, si hubiera sido famoso, la hubieran dejado allí.



Su infancia la vivió en aquella barriada del Picón, cerca de la basílica de San Juan de Dios, donde hizo su primera comunión en 1947, y de la iglesia de los redentoristas, de donde viene la devoción familiar al Perpetuo Socorro. Allí se comportaba como todos los niños, alegre y juguetón. Le gustaba jugar al fútbol con sus compañeros de barrio. Pero un día volvió del juego con fiebre y resultó que tenía pleuritis. Esto le obligó a descansar durante seis meses en casa, sin salir para nada, recibiendo el afecto de los suyos, especialmente de su madre Emilia. Cuando terminó su convalecencia nunca más volvió a jugar al fútbol, aunque no perdió la afición, sobre todo de sus dos clubs preferidos: el Granada y el Barça.

Era el primogénito de siete hermanos y esto le hacía también ser muy responsable. Su padre Emilio, por aquel entonces trabajaba en una droguería y por la tarde representaba medicinas. José Luis le ayudaba a llevar las cajas cuando visitaba a los médicos. Más tarde su padre dejó la droguería y entró a trabajar en la compañía de electricidad, hoy Endesa.

El padre le enseñó las primeras letras antes de incorporarse a la Academia Isidoriana, de la cual decía que “era una escuela triste, con un patio encajonado más triste aún”. De allí pasó a los Salesianos de la plaza del Triunfo, “una escuela alegre, con un edificio pequeño, pero con un gran patio abierto y, además, una huerta”. Al pasar a los salesianos llevó a toda la familia la devoción a María Auxiliadora. A José Luis le gustaba llegar temprano cuando la comunidad todavía estaba en la meditación y ayudar a misa. Cuando llegaba, veía salir del vecino convento de los capuchinos al hoy beato Leopoldo de Alpandeire, que era el hermano limosnero de la comunidad.

Los dos años obtuvo la banda de honor y su director, don José Mª Manfredini, exinspector de la Tarragonense que había conocido a Don Bosco, le daba libros vocacionales, que junto con los sabios consejos del catequista don Francisco Escrivano, hicieron brotar en su corazón la semilla de la vocación salesiana. Antes de marchar al aspirantado de Antequera, aprobó el examen de ingreso en el Instituto P. Suárez con



óptimas notas. Durante los años de aspirantado, seguiría recibiendo cartas de don Manfredini animándolo en su vocación.

II. FORMACIÓN SALESIANA

En el aspirantado de Antequera se encontró José Luis a gusto, a pesar de que era la primera vez que salía de su casa y de su tierra, con apenas once años. Pero no se hallaba lejos y sus padres venían a verlo con frecuencia. Su director, don Luis Peña, gran enamorado de María Auxiliadora, organizaba una romería en el mes de mayo y una “bajada” el día de su fiesta. Los aspirantes colaboraban en las labores del campo y la granja y, en cuanto a los estudios, José Luis andaba sobrado porque venía muy bien preparado y siempre era el primero de la clase. Sacó tiempo para aprender a escribir a máquina y quedar “enchufado” como secretario del consejero de estudios.

Pasados dos años, marcharon los aspirantes a Montilla para completar 3º y 4º de Humanidades. José Luis continuó desarrollando sus dotes de mecanógrafo y secretario, aunque ahora los estudios le costaban algo más. De Montilla siempre destacaba las funciones y procesiones de Semana Santa y la novena y fiesta de María Auxiliadora. En ese tiempo recibieron una visita del Rector Mayor don Renato Ziggotti que pudo conocer in situ el fervor de todos los montillanos. Al terminar el cuarto curso, preparándose ya para ir al noviciado, la inspectoría Bética se dividió en dos: la de María Auxiliadora, con sede en Sevilla y la de Santo Domingo Savio en Córdoba.

Antes de ir al noviciado en San José del Valle, José Luis y su curso fueron a Puerto Real para los ejercicios espirituales de preparación. Cuenta que le llamaron mucho la atención las grandes extensiones de pinos y los camaleones. Terminados los ejercicios, se marcharon a San José del Valle, cuyo director era don Manuel Pérez y el padre maestro, don Felicísimo Aparicio. Como seguía siendo el único que escribía a máquina, lo pusieron de bibliotecario adjunto. El principal era un hermano coadjutor. Allí se



aficionó a la lectura de las Memorias Biográficas de San Juan Bosco, llegando a leer los quince primeros volúmenes y, como tarea física, ayudaba con los demás novicios en la huerta y en el acarreo de piedras para establecer los cimientos del nuevo estudiantado filosófico que estrenarían ellos mismos dos años más tarde. Su toma de sotana tuvo lugar el día de Todos los Santos de ese año de 1955. Se la impuso don Luis Ricceri, que era entonces consejero para los cooperadores en el capítulo superior de los salesianos. Esto llenó de alegría a su padre, que era cooperador, y siempre lo recordaría con agrado. Su familia se desplazó para la ocasión desde Granada con un nuevo hermanito, Gerardo, a quien José Luis no conocía todavía.

Terminado el noviciado, y emitidos los votos, marcharon todos los posnovicios a Consolación de Utrera para hacer primero de filosofía, siendo el director don Serafín García. Era un antiguo convento de la orden de los mínimos que estaba en estado lamentable, pero ello no impedía que hubiera un cuadro de profesores memorable: don Luis Valpuesta, don Emilio Alberich, don Juan Bosco Caballero, su tío don Ángel Caballero, don Jesús Amable... Allí estuvieron solo dos cursos, mientras se terminaba la obra del nuevo edificio en San José del Valle, a donde volvieron al año siguiente para concluir los estudios de filosofía.

Con la renovación de votos temporales fue enviado en su primer año de trienio a Córdoba donde tuvo su “bautismo de fuego” en el macroratorio dirigido por don José María Izquierdo con incontables equipos jugando al mismo tiempo en aquellos patios arenosos. Para el curso, una clase de 50 plazas con 80 alumnos (¡qué tiempos!) y asistencia a los internos de tercero de bachillerato. Al terminar este año lo destinaron a Tenerife, donde –son sus palabras– pasaron los dos mejores años de su vida salesiana: bien considerado por sus hermanos salesianos y a gusto con su apostolado entre aquellos aprendices, huérfanos en su mayoría. Para los talleres había un plantel de jóvenes coadjutores con quienes congenió a la perfección y, aunque lejos de su tierra, tenía allí un tío militar, hermano de su padre, que le aliviaba esa espinita.



Al final del trienio, volvió a la Península en el mismo barco que lo llevó, el “Dómíne”, y se dirigió a Granada, a la nueva casa familiar, en el Zaidín, que entonces era todavía un terreno sin urbanizar. Allí pasó un mes de vacaciones muy contento con la nueva casa y la compañía de sus hermanos menores a quienes apenas conocía. Pasado este tiempo se incorporó a Posadas (Córdoba) para hacer el primer curso de teología bajo la dirección de don José Báez, con profesores de la talla de Alejandro Balló, Antonio Calero, Jesús Borrego, José María Santos, David Morán, José Fernández, (don Pepito). Era la generación del Concilio Vaticano II, que comenzaba en aquel momento.

Volvieron a reencontrarse los compañeros y compartieron experiencias y momentos de buena y alegre fraternidad. De allí pasaron al nuevo estudiantado teológico Juan XXIII de Sanlúcar la Mayor, recién terminado en su primera fase, pero antes, José Luis trabajó durante el verano en el oratorio del colegio de Santa Teresa de Ronda. En Sanlúcar, don Antonio Calero era el director y nuevos profesores se sumaron a la plantilla: Carlos Escudero, Samuel Camba, Antonio Cuesta, Alicia Elvira... Además de los estudios, había actividades pastorales y culturales que ampliaban el horizonte formativo.

José Luis recibió permiso del inspector para pasar los veranos en Granada, atendiendo a su padre que estaba delicado de salud, pero residiendo en el colegio.

Recibe el subdiaconado y el diaconado en la catedral de Sevilla de manos del cardenal Bueno Monreal. Pero para la ordenación sacerdotal, el cardenal se desplaza a Sanlúcar el 26 de marzo de 1966. Su madre le había bordado la cinta para atar las manos tras la unción sagrada y toda la familia le acompañaba ese día. Al día siguiente celebró su primera misa en la iglesia de San Luis de los Franceses en Sevilla, debido a que un pariente de su madre vivía en el vecindario. Tras la ordenación se quedó con sus compañeros preparando el bachillerato teológico cuyo examen se



haría en Salamanca durante el mes de julio. Al terminar volvió a su casa y luego recibió destino para Montilla, como sacerdote asistente y profesor en el aspirantado.

III. VIDA PASTORAL SALESIANA Y SACERDOTAL

Tras su breve paso por Montilla, pasó a Granada para completar estudios teológicos en la facultad jesuítica de “La Cartuja” y en el colegio dirigía el departamento de Religión. Al terminar este curso “sabático” fue destinado a la casa de Pedro Abad como consejero escolástico. Fue su primer cargo de importancia. El verano lo pasó de capellán en dos campamentos de la OJE en Castro del Río. Con buenos recuerdos de esta casa, fue destinado a Córdoba, por segunda vez (1969-1976), como catequista de internos y profesor en el bachillerato.

De Córdoba pasó a Úbeda con un nuevo cargo: administrador. No fue un fácil traslado para José Luis, habituado más bien al trajín de los estudios, “pero –son sus palabras- *con la satisfacción de secundar un deseo del Inspector, fui allí... aunque lo que iba a ser por un año, duró siete*”. Los veranos de estos años dirigía las colonias de Sabinillas, en la Costa del Sol (tres veranos) y en las Delicias, de Ronda (dos). Al término de esta etapa ubetense pidió hacer el curso de formación permanente en El Campello, dirigido entonces por don Ambrosio Díaz. En aquel entonces, este curso duraba tres meses.

Disfrutó mucho del ambiente, las clases, excursiones, etc. y volvió muy animado, “como si hubiera hecho un segundo noviciado”, a incorporarse en enero de 1984 por tercera vez a la casa de Córdoba. Esta vez echó allí raíces y se mantuvo veinte años durante los cuales tuvo como directores a don Miguel Aragón, don Narciso Núñez, don Manuel Rubio, don José Manuel Pozas, Don Juan Andrés Fuentes y don Francisco Ruiz. Como llegó empezado el curso, y ya estaban repartidas las clases, mantuvo actividades de diversa índole pastoral: catequesis de 1^a comunión,



hermandad de penitencia (“Prendimiento”), de la que fue pregonero, Hogares Don Bosco, Adoración nocturna y Asociación de AA.AA., de la cual recibió al marcharse la insignia de oro. Al iniciarse el curso siguiente, se incorporó a clases de Historia, Latín y Griego, sin dejar el resto de actividades pastorales.

Durante ese tiempo fallecieron sus padres: en primer lugar, su madre el 2 de junio de 1990 y seis años más tarde su padre, el mismo día de San Juan Bosco. *“Cuando ella murió, me quedó un pesado sentido de orfandad... Al año siguiente, en enero de 1997, sufrió José Luis un derrame cerebral. “La muerte de mi madre y mi derrame cerebral marcaron mi declive progresivo”*, anota en sus memorias. Para colmo, y casi al mismo tiempo, padeció una flebitis, una prostatitis y sufrió dos operaciones de hernias inguinales.

De esta época de Córdoba, alaban antiguos alumnos suyos su trabajo constante y sus dotes organizativas. Con los grupos que animaba participó en numerosas peregrinaciones, excursiones culturales y asambleas: Fátima, Madrid, El Escorial, Ciudadela, Mérida, Cáceres...). También pidió permiso para hacer ejercicios en Loyola con los jesuitas durante diez días del verano de 1992, pues le hacía mucha ilusión y en verdad que le resultaron muy positivos. El último curso en Córdoba (2003-2004) fue trasladado a la sede inspectorial de la calle Osario, donde residía, pero sin dejar las clases del colegio. Fue su último curso como docente.

Para el curso siguiente fue destinado a Antequera pero fijando su residencia en Ronda, donde se hizo cargo del santuario y de la Casa Don Bosco. Además, animaba ADMA, tenía la capellanía de las vecinas hermanas de la cruz, pastoral penitencial en las carmelitas y residencia de ancianos; colaboraba también en la parroquia cercana, de manera que cada día tenía que celebrar tres misas y los domingos y festivos, cuatro y hasta cinco. Con frecuencia venían hermanos de su comunidad de Antequera para ayudarle.



Así estuvo durante tres cursos, hasta que, en el verano de 2007, ya fusionadas las dos inspectorías del sur, recibió carta de obediencia para ayudar en la casa de enfermos “Don Pedro Ricaldone”, cuyo “incarcicato” era a la sazón don Jesús González. Durante este período, colaboraba también en las basílicas de María Auxiliadora y la Macarena, y en el Cristo de los Gitanos. Antes de incardinarse a esta nueva tarea quiso repetir la experiencia de ejercicios en Loyola, de los cuales guardaba tan grato recuerdo: *“¡Benditos Ejercicios! Nunca después los he vuelto a hacer tan bien hasta que no he vuelto allí de nuevo!”*.

De Sevilla va a Las Palmas de Gran Canaria en vísperas de la Inmaculada de 2010, para ayudar durante unos meses en la parroquia. Al comenzar el nuevo curso es destinado a Alcalá de Guadaíra, donde estará un par de cursos antes de volver a Las Palmas para el trienio 2013-2016. Para el curso 2016-2017 vuelve a Alcalá para reencontrarse con su antigua comunidad y retomar sus tareas pastorales de capellanías (MM. clarisas, residencia de ancianos, hijas de la caridad, HH. de San Juan de Dios), además de colaborar en el colegio (celebraciones, buenos días, consejo escolar, consejo de la CEP) y familia salesiana, especialmente Hogares Don Bosco y AA.AA. La flebitis que venía arrastrando y problemas en el aparato urinario hicieron necesarias a principios de junio un par de intervenciones quirúrgicas en el Hospital Quirón Infanta Luisa de Sevilla-Triana. Pasó la convalecencia en la Residencia Don Pedro Ricaldone y su situación se fue agravando con problemas cardiovasculares que hicieron necesario de nuevo su ingreso en el hospital a principios de agosto y tras lo cual entregó su alma a Dios el día 4 de agosto de 2020.

IV. PERFIL HUMANO Y RELIGIOSO

En la cuaresma de 1990, tras seis años animando la hermandad salesiana de Córdoba, fue elegido como pregonero de la misma. El presentador, don Carlos Bretones Roldán, hizo esta breve semblanza: *“Para presentarlos al*

pregonero hay que decir que es creyente, sensato, humilde, firme, sincero, austero, ecuánime, metódico, leal y, aunque él no lo sepa, admirado... El suyo es un pregón paciente y cotidiano, callado, pero muy denso de contenido. Él pregon a veces con la ausencia medida, otras, con el silencio, muchas, arrimando el hombro, siempre con la disponibilidad y la fidelidad a sus ideas.”

Ya una vez comenzado el pregón, José Luis, como educador salesiano pensaba en la juventud cofrade: “*El descubrimiento de la realidad cofrade es impactante para la sicología juvenil; aquí sí encontráis lo que la realidad social de nuestros ambientes no os puede proporcionar; aquí encontráis sensaciones profundas; aquí encontráis espiritualidad que llena; aquí encontráis no un disfraz de cultura popular, sino la esencia de la religiosidad popular.*” Y, como sacerdote, da un espaldarazo a la dirección espiritual en las cofradías: “*Los cofrades somos conscientes de que, sin el sacerdote, no es posible la reconciliación sacramental ni la celebración eucarística; de que él es el animador, el ministro de la Palabra, el pastor que guía espiritualmente a los fieles y el que debe aglutinar el grupo*”.

Toda su vida estuvo muy unido a su madre Emilia. Su amor hacia ella se mostró en múltiples detalles manifestados por escrito o presencialmente. De ella aprendió a vivir una fe firme, basada en los dos pilares del sueño de Don Bosco: María Auxiliadora y la Eucaristía. “*Últimamente he pensado - son sus palabras- que lo que le ha mantenido en tesitura religiosa ha sido tenerme a mí como hijo sacerdote y salesiano, que le ha relacionado con la devoción a María Auxiliadora, la cual, juntamente con la Eucaristía, han constituido la fuente de su espiritualidad*”. Al dejar ella esta vida, José Luis envió al Boletín Salesiano una fotografía y una reseña biográfica que terminaba diciendo: “*Todo el mundo la recuerda como una persona afable, cordial, siempre dispuesta a acoger y hacer el bien a todos; hubo quien, en algún momento, llegó a decirle: “Si es que pareces el San Juan de Dios del barrio...” El dolor de su muerte ha quedado compensado*



por el convencimiento de que ya tenemos a alguien más que intercede por nosotros ante el Señor". A ella se encomendaba hasta en vida: "Mi diagnóstico negativo -escribe- de la biopsia que me hicieron en 1985, siempre lo atribuí a sus oraciones; para mí fue una curación que había conseguido ella, aunque directamente no supiera nada: todos los síntomas eran de cáncer, y de buenas a primeras... Mirando su foto veo que se sonríe socarronamente: ¿Porque era así? ¿Por qué son invenciones más? A mí me satisface creer que sus oraciones me libraron de aquello... En mi habitación de la casa donde me encuentre tengo su foto como en un altar (a veces "exagerado")".

Su vivencia sacerdotal era totalmente opuesta a todo lo que oliera a prestigio, lucimiento u honores por "ser vos quien sois". Por convicción propia era parco en la exposición de cualquier prerrogativa a causa de su sacerdocio. "Nunca me he considerado -escribe- "fuente de soluciones para los demás", aunque sí "asistente" (=acompañante) de los que se sienten inquietos por algo, jóvenes, niños o mayores; pero no me gusta aconsejar demasiado".

Este sentimiento humilde de su condición sacerdotal iba parejo a una confianza total en el amor que Dios nos profesa. En cierta ocasión, dijo en una de sus homilías: "El amor persistente de Dios tratando de ganarse las voluntades rebeldes de los hombres tiene un nombre: Jesús... Siempre nos hacemos esta pregunta: ¿Qué habrá visto Dios en el mundo para amarlo así? Pues nada, absolutamente nada. No me gusta emplear este término, pero es muy aplicable a Dios. Para amarnos, Él no necesita ninguna razón; no necesita absolutamente nada; su amor es completamente gratuito: nace de LA BONDAD DE SU CORAZÓN".

Su paisano y compañero desde el primer curso de aspirantado, Antonio Rodríguez Tallón, nos manda una visión sucinta, pero completa, de la personalidad de José Luis:

- Sencillo y humilde. Ni figuraba ni le gustaba figurar.
- La timidez le llevaba a aparecer un poco independiente.
- Siempre en un segundo plano, calmo, pero respondiendo de su trabajo con fidelidad.
- Tendía a ser más pensativo y reservado que gran conversador; por eso no se hacía notar.
- Costaba entrar en su interior, debido a su gran reserva, pero quien tuviera la paciencia necesaria, podía descubrir en él una persona coherente y de hondas convicciones religiosas.
- Buen compañero. Siempre colaborador, especialmente con sus buenas habilidades de secretaría, organización y gusto por la ornamentación.
- Muy relacionado con su familia, a la que se sentía profundamente unido.
- En resumen, uno de tantos salesianos que pasan sin hacer mucho ruido, pero poniendo sus personas y todas sus cualidades al servicio de la Congregación.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradecemos a sus familiares y parientes próximos el don de haber colaborado con alegría a la vocación de José Luis, con quien han estado unidos hasta los últimos momentos de su vida.

Al Hospital Infanta Luisa, en especial al Dr. Quirós y demás médicos y personal que lo atendió en los últimos meses.

A don Fidel Martín, a Juan el enfermero y a los demás componentes de la Residencia Don Pedro Ricaldone que se han volcado con nuestro enfermo en estos últimos meses en que se fue agravando su estado de salud.



A todos los miembros de la comunidad, familia salesiana, congregaciones religiosas, párocos y amigos de Alcalá de Guadaíra que continuamente rezaban y preguntaban por él.

A todos ellos, y a vosotros que habéis leído esta carta, os pedimos que sigáis encomendándolo a Dios, a quien se entregó y amó y rezando para que nuevas vocaciones reemplacen en nuestra congregación a los hermanos que van partiendo.

Agosto de 2020

*La Comunidad Salesiana de
Alcalá de Guadaíra*

Inspectoría Salesiana María Auxiliadora
Comunidad salesiana de Alcalá de Guadaíra (Sevilla)



salesianos

MARÍA AUXILIADORA

Datos para el Necrologio

JOSÉ LUIS CARDENETE LÓPEZ, salesiano presbítero

Nació en Granada, el 9 de junio de 1940

Falleció en Sevilla, el 4 de agosto de 2020

Había cumplido los 80 años de edad, 63 de salesiano y 54 de sacerdote